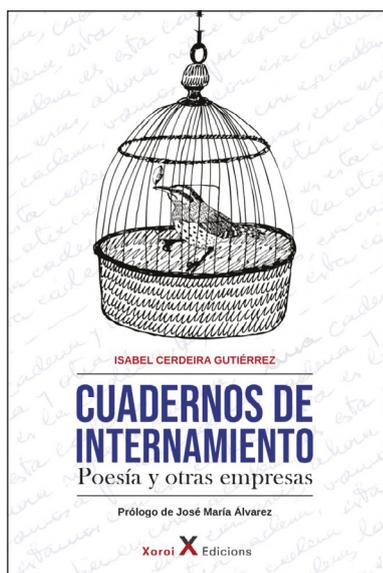


CERDEIRA GUTIÉRREZ, Isabel. Cuadernos de internamiento. Poesía y otras empresas. Xoroi X Ediciones

Teresa Zamanillo Peral¹

Enviado: 16/11/22 // Aceptado: 21/11/22



“Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarte a que te devore desde el interior” dijo algún día Frida Kahlo. Con esos mimbres viajó por su aparatosa y mecánica vida, atrapada muchas veces entre artilugios que no la dejaban moverse. Mas logró hallar su libertad en medio de sus cadenas. Porque el arte libera, aún con el sufrimiento auestas. Lo sabemos. Y lo podemos afirmar una y mil veces más. En este libro lo veremos porque eso es lo que ha hecho Isabel Cerdeira en *CUADERNOS DE INTERNAMIENTO Poesía y otras empresas* (Xoroi X Ediciones). Isabel, luchadora como Frida, ha desatado sus cadenas con papel y pluma en mano. Se ha liberado en este libro. En sus páginas se escuchan sus gritos, aunque el encierro no siempre le permitía transformarlos en palabras. Mas, rompió “la camisa de fuerza que fuerza y ata (...), forzada y encerrada” después de intentar la denuncia de un ingreso involuntario cuando ya nadie acudió a su demanda. Es el gran acto creador, sacar el sufrimiento fuera de tus entrañas, ventilarlo para que no te devore. Y del sufrimiento nace el arte, pintura o escritura, en este caso, las dos a la vez.

También Leonora Carrington, amiga de Frida, sufrió un encierro psiquiátrico en la Clínica de Los Morales, padre e hijo, narrado en *Memorias de Abajo* (Siruela, 1985). Lo relata así un día de agosto de 1943: “Llevo tres

días escribiendo, aunque esperaba exponerlo todo en unas horas; me resulta doloroso porque estoy volviendo a vivir ese período y duermo mal, inquieta y preocupada por la utilidad de lo que estoy haciendo. Sin embargo, debo continuar con mi historia a fin de salir de mi angustia. Mis mayores, afectados y malévolos, tratan de asustarme.”

Esa fuerza para perseverar y dar cuenta de los desmanes psiquiátricos solo la tienen unas cuantas personas. Alda Merini, (Milán, 1932-2009), “poeta y música de la palabra”, narra su experiencia en el manicomio así: “Los medicamentos nos habían quitado todo sentido, todo vínculo con la realidad exterior. El doctor G. sostenía que eso ocurría precisamente en función de la enfermedad. Pero yo sostengo lo contrario pues recuerdo perfectamente que en el inicio de mi duro tambalear, al principio del internamiento, era plenamente consciente de mi realidad hasta tal punto que, cuando me encontré en ese sitio, me desvanecí a causa del miedo. La ausencia, la confusión, llegaron después, como consecuencia de los fármacos y de los continuos maltratos de los enfermeros y del ambiente.” Sin embargo, su empeño en legarnos su palabra contra la psiquiatría, todavía hoy fuertemente erigida en la verdad sobre el loco, ha llegado hasta 1986. Su compromiso la guía cuando dice: “Si estuviese completamente recuperada, me erigiría en juez, y condenaría sin medida. Pero muchos, tal vez todos, pondrían bajo sospecha mi sinceridad por ser una enferma. Por eso he escrito este libro, y he incluido también poesías, para que nuestros verdugos vean que en el manicomio es muy difícil asesinar el espíritu inicial, el espíritu de la infancia, que no está ni podrá ser nunca corrompido por nadie.”

No es fácil encontrar escritora/es que denuncien el sistema llevando al público su propia experiencia. Por eso, he viajado estos días de concentración en el libro de Isabel Cerdeira, amiga y compañera de la Facultad, con algunas de esas mujeres sufrientes, además de un hombre que me he encontrado por el camino, Marcos Obregón (1973). Escriben para denunciar un sistema que voluntariamente permanece oculto. Esa voluntad (política) no es solo de los poderes públicos organizados en una fuerte alianza dura e inquebrantable (solo

¹ mtzpgcamino@gmail.com
Universidad Complutense de Madrid

véase la exigua dotación en los fondos europeos a la salud mental) ¡Cien millones de euros! decía muy alto como si fuera una gran conquista hace no mucho tiempo el presidente Sánchez, después de una denuncia hecha por Íñigo Errejón en el Congreso. Es además producto de una colaboración anónima -si se puede nombrar así- con el sistema, debido al aislamiento de los propios enfermos y sus familias, invadidos y vencidos como están por una representación social generada a través de los estereotipos y el miedo al “mundo normal” y a la discriminación; además de la desconfianza legendaria que hay detrás de los “locos”. Están borrados y excluidos de la dinámica social. Pesa sobre ellas y ellos una censura que se esconde tras el juicio de “los otros”; pero más velada todavía se halla la leyenda que los mira con superstición; así, la vergüenza anida en sus conciencias.

Sin embargo, razón y locura son dos caras de una misma moneda, siempre han estado unidas, pero su división ha creado un grave estigma en las personas. Es por ello que recomiendo leer literatura sobre la locura, además de escuchar a los múltiples profesionales que denuncian el sistema. Se trata de escuchar a todos y todas, ¡pero primero al llamado enfermo mental! Mas también, a las familias, otras personas, asociaciones, etcétera. Y es que hoy esta disciplina está más atrasada que en la segunda mitad del siglo pasado. La biomedicina ha tomado el relevo a los movimientos antipsiquiátricos que nos proveyeron de confianza en el cambio de las condiciones en que vivían los enfermos mentales. Pero no cristalizaron, la biomedicina triunfó. Y ahora lamentamos mucho la pérdida de aquellos brotes de salud mental colectiva que nos hubieran llevado a una psiquiatría más humana.

Kate Millet, conocida por su gran obra, Política sexual (Saint Paul, Minnesota, 1934-2017), en *Viaje al manicomio* no ahorra palabras para denunciar el internamiento como cárcel, la llamada locura, la alienación a los médicos y a la medicación. Y al afectado como un acusado que es arrestado y acompañado de autoridad policial. Porque, ¿qué es la locura para ella? “Ese pequeño resto de conciencia alterada, pura o en respuesta a las circunstancias. Circunstancias de la vida, incluso las del cuerpo en sí y su química. Qué cruel y estúpido castigarla con el ostracismo y el miedo, qué cruel y estúpido haber forjado una red de miedo, fuerte como los cerrojos y las barras de una prisión. Esta es la cárcel en la que todos podríamos acabar. Y lo sabemos. Y miramos bien por dónde pisamos. Durante toda una vida entera. Todo un sistema fabuloso de control social...” Sí, Foucault, tenías razón. Así es. Pero no te leen los psiquiatras que están en el podio del poder.

No obstante, no toda esa literatura es de mujeres. ¡Menos mal! he encontrado un hombre valiente que también se ha animado a contar su historia. Porque, si no, parecería que la locura es solo de mujeres, por aquella herencia llamada histeria, que aún perdura en muchas mentes insanas. Mas, podemos asegurar que la evolución va demasiado despacio. Estas no son historias del pasado, todavía hoy los llamados enfermos mentales viven una realidad diferente a la de “los normales” que desconocen y temen ese mundo. ¿Comprenderá esto la Psiquiatría alguna vez? ¿Hasta cuándo seguirán diferenciando las y los psiquiatras hegemónicos entre la normalidad y la enfermedad? Les recomiendo leer a Morin para comprender la complejidad y sus hermosas palabras sobre el ser humano. En esta reseña no cabe más que transcribirlas literalmente:

Este ser humano es a la vez un ser racional e irracional, capaz de medida y desmesura. Como sujeto de un afecto intenso e inestable, sonríe, ríe, llora, pero también sabe conocer objetivamente. Es un ser serio y calculador, pero también ansioso, angustiado, gozador, ebrio, extático. Es un ser de violencia y de ternura, de amor y de odio. Puede ser invadido por lo imaginario e igualmente reconocer lo real, sabe que existe la muerte pero que no puede creer en ella. Segrega el mito y la magia, pero también la ciencia y la filosofía. Está poseído por los Dioses y por las Ideas, pero duda de los Dioses y critica las Ideas. Lo nutren conocimientos comprobados, pero también las ilusiones y las quimeras.

Y cuando en la ruptura de los controles racionales, culturales, materiales hay confusión entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo real y lo imaginario, cuando hay hegemonía de ilusiones, desmesura desencadenada, entonces el homo demens somete al homo sapiens y subordina la inteligencia racional al servicio de sus monstruos (...).²

Respondo a todas estas reflexiones con palabras de la autora de Cuadernos de internamiento, cuyo título de uno de sus poemas es: “No tener idea de qué es salud”: Transcribo parte del mismo:

*Grandes hospitales
pequeñas unidades
psiquiátricos aislados
nadie controla ni sabe qué puede en ellos suceder;
convicciones profundas que se extienden y se exceden, ninguna posibilidad de réplica
no saber cómo
como allí se ha llegado
de dónde los tramos, de dónde los hilos, de dónde las redes,
sucede de todo, de todo lo que sucede:
la salud,
esa huérfana que se ha quedado sin herencia y sin dote,
de dónde ha salido esa filiación*

² Citado por Miguel Grimberg (2021, p.6), estudioso de Edgar Morin.

*se revuelve todo, se actúa todo
invaden lo público y lo privado,
privacidad invadida,
lo público actúa, se lucra, se alimenta, se despierta,
todo es privado, no se atañe relación alguna
cuando todo es relación
en un mundo que pasa de relaciones
que las alimenta a intereses prestados y proyectados.*

Un mundo que “pasa de relaciones”, porque en él todo es lineal y, a la vez, dicotómico, un mundo de separaciones y bipolaridades, en el que no es posible la convivencia de dos conceptos distintos pero unidos por sus elementos esenciales, el de ser humanos; queremos -porque somos esos hombres y mujeres que describe Morin- convivir en ese mundo en el que caben los extremos sin radicalidades, ese mundo en el que se encuentran los seres sin liquidarse unos a otros para existir; un mundo que resuelve sus contradicciones, no las disuelve. Mas el mundo de la psiquiatría es un mundo que condena al silencio a las personas, al igual que el mundo de la justicia, dos instituciones *supremas* que están por encima de los individuos. Sí, castigan al silencio porque en esos dos mundos solo puede hablar el que condena o el que diagnostica. “El silencio de los jueces, el silencio de los psiquiatras, doble silencio que se empodera en el podio de los oficiales, son estructuras de poder...”, dice Isabel en el poema Jueces/Psiquiatras. En el silencio impuesto la persona no puede defenderse. Por eso ella quiere hablar y denunciar su internamiento forzoso. Por eso quiere “Salir fuera”, título de uno de sus poemas, y “desprenderse de lo que no es propio para ir más allá, descubriendo nuestra individualidad particular”. Porque salir fuera es “salir de una situación, ponerla fuera, resolverla.” Ella quiere resolver, zanjar una situación insostenible, liberarse, no solo de los encierros, sino de las cadenas que la atan a lo que no es propio de ella.